

LOS FINES Y OPCIONES DE LA EDUCACION SUPERIOR A LO LARGO DE LA HISTORIA

Gabriel Gutiérrez Pantoja

Universidad Nacional Autónoma de México

jggpantoja@biblional.bibliog.unam.mx

THE PURPOSE AND OPTIONS FOR HIGHER EDUCATION THROUGHOUT HISTORY

Resumen: El presente trabajo describe cómo la educación superior ha evolucionado a través de la historia tomando como ejemplo el concepto de universidad y sus formas de organización, hasta llegar a nuestro tiempo donde se describen las opciones que tiene la educación superior para recuperar las fines de la educación.

Abstract: The present work describes how the top education has evolved across the history taking as an example the concept of university and his forms of organization, up to coming to our time where there are described the options that the top education has to recover the fines of the education.

Palabras clave: Educación superior. Universidad. Investigación. Docencia. Historia. Educación
Top education. University. Investigation(research). Teaching. History. Education

Introducción.

La historia, ese constante devenir del tiempo en el que los humanos hacemos lo posible por registrar algunas de nuestras actividades, siempre nos sirve de guía para nuestras acciones presentes. Por ello siempre se requiere recurrir a ella para que pueda ser el faro en nuestro presente.

No obstante en muchas ocasiones la ignoramos y se nos vuelve a presentar, bien como tragedia o como comedia. Sobre ello Marx afirmó: “Hegel dice que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal se producen dos veces. Pero se olvidó de agregar: la primera vez como tragedia y la segunda vez como farsa”(Marx, 1969: 99). Esta referencia nos indica que, tarde o temprano, de una u otra manera, repetimos nuestros actos con o sin información y con o sin conciencia de lo que ello implica.

La educación superior es un acto humano, de transmisión e intercambio de conocimientos, que se ha realizado desde tiempos remotos, es decir es un acto histórico de las sociedades, pero como acto histórico ha respondido, en algunas ocasiones, a los fines para los que fue considerada, es decir, para que las nuevas generaciones adquieran una capacidad racional que los lleve a convivir en el mundo, y en otras, a los intereses de unos cuantos que utilizan el concepto de educación para sojuzgar o enriquecerse. Y si no reflexionamos sobre las consecuencias pasadas de ese acto histórico, estamos condenados a repetirlos sin percibir la relevancia de sus efectos.

La llamada educación superior es la que se imparte en instituciones que atienden principalmente a jóvenes, y éstas reciben diversas denominaciones (institutos, academias, colegios, tecnológicos y universidades), entre otras. El enunciado más común y de mayor tradición que se le impone a las instituciones de educación superior es el de Universidad.

Aunque parezca obvio, debe destacarse que la educación en las universidades se le llama “superior”, porque el término superior pretende justificar la existencia de un estado de la mente que logra un entendimiento claro de su mundo, por arriba del aprendizaje inmediato y la reproducción de recetas o de meros hechos.

Se considera que lo importante en la educación superior es que el alumno comprenda lo que está aprendiendo y lo que está haciendo, que lo conceptualice, que pueda dominarlo bajo distintos ángulos, que pueda evaluarlo y que tome una posición crítica en relación a sus aprendizajes para determinar su relevancia para sí y su entorno.

Y aunque esa sea la pretensión, no siempre sucede. Si hacemos un breve recorrido por la evolución de las instituciones sociales llamadas universidades, podemos ver que no siempre se ha entendido lo mismo por lo que ellas deben ser y hacer; y dependiendo de la concepción que se asuma, es la orientación que se da a la práctica de la denominada educación superior.

Las opciones de la educación universitaria a través de la historia.

La palabra “Universidad” procede del latín UNIVERSITAS, nombre abstracto formado sobre el adjetivo UNIVERSUS-A-UM (“todo”, “entero”, “universal”), derivado a la vez de UNUS-A-UM (“uno”).

En el latín medieval UNIVERSITAS se empleó originariamente para designar cualquier comunidad o corporación considerada en su aspecto colectivo. No indicaba un centro de estudios sino un gremio, “sindicato” o asociación corporativa que protegía intereses de las personas dedicadas al oficio del saber.

En la Baja Edad Media, la aparición de la universidad, tiene el fin de formar a los jóvenes en las profesiones “clericales”: la teología, el Derecho y la Medicina, como facultades mayores; y se considera como facultad menor la de artes o filosofía (no obstante que era la base de toda sabiduría posible, según los griegos).

Estas eran instituciones de la cristiandad y se reconocían por una bula papal, su lengua era el latín y las materias que enseñaban estaban articuladas sobre la concepción católica del

mundo y del hombre. Sus métodos de razonamiento y discusión eran escolásticos.

La aparición de la universidad tiene entre sus consecuencias el surgimiento de un conjunto de maestros, sacerdotes y laicos, en los que la iglesia confiaba para la enseñanza de la doctrina revelada, hasta entonces a cargo de la jerarquía eclesiástica. La universidad adquiriría así el proceso social de la enseñanza y el aprendizaje, basado en los criterios escolásticos de la época.

Y aunque formalmente la Universidad, como institución, data de la Europa medieval, tiene antecedentes en las culturas Griega, Romana y Árabe; que fueron las primeras con una organización tendente a la educación en Europa Occidental.

La idea de Universidad se describía, entonces, con la expresión latina *studium generale*. La palabra *studium* indicaba una instalación física denominada escuela en la que había infraestructura adecuada para estudiar, y la palabra *generale* significaba que la escuela atraía estudiantes de diversas partes. Otra derivación fue la universidad de *studium particulare* que sólo tenían estudiantes de un área geográfica limitada. Los *studium generale* enseñaban artes liberales y además tenían una o más de las llamadas facultades superiores: leyes, teología y medicina.

Algunas instituciones lograron gran prestigio en diferentes campos, como la escuela de medicina de Salerno, pero no se les confirió el status de *studium generale*, pues la determinación del status estaba a cargo generalmente del Papa y, en ocasiones, del Emperador.

Los prototipos de universidades medievales fueron Bolonia y París, tanto por su antigüedad como por su forma de organización. Se considera que, aunque evolucionaron paulatinamente, para el siglo XII ya estaban constituidas como tales.

La Universidad de Bolonia es la universidad más antigua de Europa y del mundo occidental. Se fundó en Bolonia, Italia, en 1088; fue famosa en toda Europa por sus escuelas de Humanidades y, especialmente, la de Derecho, donde se enseñaba tanto el canónico como el civil. Muchos de sus alumnos eran personas adultas que llegaban de distintos sitios de Europa y que contrataban a doctores en leyes para que fuesen sus profesores. Ya que eran extraños en la ciudad, enfrentaron problemas que los hicieron unirse para defender sus intereses, y una vez unidos, tomaron el control de la Universidad. Fue pues Bolonia la primera universidad cuyo gobierno estuvo en manos de los estudiantes.

La Universidad de París alcanzó gran prestigio como una escuela de lógica y teología. Las autoridades de la ciudad favorecieron su desarrollo ya que la presencia de la universidad atraía a jóvenes y a intelectuales de muchas partes de Europa, lo que a su vez, estimulaba el crecimiento de París como un centro cosmopolita con una gran actividad socio económica. A diferencia de Bolonia, la Universidad de París estuvo gobernada por el gremio de profesores. Los alumnos estaban en calidad de aprendices. Este modelo recibió el nombre de universidad magisterial y también fue copiado por otras universidades europeas.

Los modelos de organización que se adoptaron en otras universidades fueron los ya descritos de Bolonia y París, o sea, en algunos casos, los menos, eran instituciones gobernadas por los estudiantes que contrataban a los profesores, de conformidad con sus necesidades de aprendizaje, y en otros, eran instituciones gobernadas por los gremios de profesores quienes determinaban los contenidos de la enseñanza de conformidad con sus criterios de transmisión de conocimientos. El modelo de la Universidad de París terminó por imponerse.

En su evolución, el modelo más antiguo fue el colegiado o tutorial en el que la enseñanza estaba descentralizada y se formaban numerosas comunidades de profesores y alumnos que estudiaban y convivían, como en el caso de la universidad de Oxford. En este tipo de universidades se impartían conocimientos de tipo general.

En Gran Bretaña se fundaron las universidades de Oxford y Cambridge con ese modelo. La primera se estableció a finales del siglo XII, y la segunda en 1209 como resultado de una emigración de profesores de Oxford. Ambas seguían el esquema desarrollado en la Uni-

versidad de París, o sea, de una universidad magisterial. Sin embargo, sí existían algunas diferencias significativas entre todas ellas.

Otro tipo, derivado del anterior, es el de la conocida como universidad profesional en donde la enseñanza estaba centralizada y se formaban especialistas de acuerdo a las disciplinas cultivadas por los grupos de profesores. Las universidades de Leiden (fundada en 1575) y Gottingen (fundada en 1733) se organizaron de esta manera.

Un modelo intermedio combinaba una administración central con colegios de tamaño pequeño. Ese tipo de instituciones recibió el nombre de college university y, según éste modelo, se inició la construcción de conjuntos de edificios que reunían a toda la Universidad. El llamado college university, se considera como el precursor de la universidad moderna ya que tiene una administración única, adopta la estructura de colegios para el entrenamiento profesional, que se sustenta en las habilidades de sus profesores que practican y muestran sus conocimientos y hace énfasis en la unidad de la ciencia.

A partir del siglo XVI las universidades empezaron a diversificarse, en su ubicación y tipos de enseñanza, y a tomar conciencia de sus funciones y de su papel en la sociedad. Las universidades se consideraron a sí mismas como las instituciones encargadas de impartir educación superior, y que formaban parte de un conjunto de instituciones semejantes en cuanto a sus fines. Había una organización centralizada pero cada institución impartía las enseñanzas de conformidad con las capacidades de los gremios. Estas actividades habían sido legitimadas por las autoridades Supremas de cada región y se hacía manifiesto mediante la facultad de otorgar grados.

Sus principales funciones fueron, por tanto, la enseñanza y el otorgamiento de grados. En muchos casos esta segunda función era inclusive más importante que la primera y para ello solo se requería el desarrollo de ciertas habilidades propias de la práctica. La investigación para el descubrimiento no era considerada, entonces, como una función de la universidad. Cuando se usaba en su sentido moderno denotando un cuerpo dedicado a la enseñanza y a la educación requería la adición de un complemento para redondear su significado “UNIVERSITAS MAGISTRORUM ET SCHOLARIUM”.

Un cambio importante en la concepción de la Universidad, exclusivamente como centro de enseñanza, ocurrió en 1810 en la Universidad de Berlín, bajo el liderazgo de Wilhelm von Humboldt, quien impulsó el estudio de las ciencias, y se sentaron las bases de lo que serían posteriormente las llamadas universidades de investigación.

La idea de Universidad de von Humboldt era la de unidad institucional de todas las ciencias. Impulsó la investigación, los estudios de posgrado, y la libertad de profesores y alumnos para que no se ciñeran a un programa específico y aportaran nuevos conocimientos. Se crearon las figuras de departamento académico y de instituto de investigación. Se instituyó la figura del profesor como un personaje de gran prestigio dentro y fuera de la universidad. El proyecto de la Universidad de Berlín se extendió rápidamente por toda Alemania que estaba iniciando un periodo de rápida industrialización, y más adelante influyó también en el desarrollo de las universidades norteamericanas.

Según von Humboldt, una de las características de los establecimientos científicos superiores es la de nunca considerar a la ciencia como un problema totalmente resuelto y permanecer constantemente investigando. El trabajo de investigación y enseñanza requiere de la presencia y colaboración de los estudiantes, que son parte integrante de su labor y sin ellos ésta no sería igualmente satisfactoria. Este criterio es el origen de las escuelas de posgrado, donde la investigación es el elemento fundamental del proceso enseñanza aprendizaje. Si bien la universidad había evolucionado, había llegado el momento en que el alumno tenía que ser parte de su propia educación.

Pasando al continente americano, la universidad en Estados Unidos se constituyó a partir de pequeños colegios que seguían el modelo de Oxford y Cambridge. Inicialmente se concentraban en la formación de ministros y en la enseñanza de los clásicos a jóvenes de

las clases acomodadas. Pero la institución tomó su propia identidad. Uno de los primeros reformadores fue Benjamín Franklin, en 1750, quien fue director del Colegio de Filadelfia, que fue posteriormente transformado en la Universidad de Pennsylvania. El planteaba “una cultura más útil para los jóvenes” y estaba interesado en que se formara gente para la agricultura y el comercio. Sin embargo, sus ideas no se popularizaron hasta un siglo después.

Una de las manifestaciones más relevantes para la incursión del Estado en la promoción de la educación superior fue la de Abraham Lincoln, quien firmó el Acta Morrill mediante la cual dotaba de tierras a las universidades para que se desarrollasen y pudieran proporcionar servicios educativos a capas más amplias de la población, incluyendo a los hijos de los trabajadores, y no sólo a los de las clases acomodadas. La intención era que también se realizaran investigaciones tecnológicas para los sectores agrícola y manufacturero. Estas instituciones llamadas “land grant universities”, iniciaron el desarrollo de la universidad norteamericana contemporánea.

La estructura de la referida universidad alemana, enfocada a la enseñanza y la investigación, sirvió de modelo durante el siglo XIX a instituciones como la Universidad Johns Hopkins (primera dedicada a la investigación en América) y otras muchas como las Universidades de Harvard, Duke o la de Cornell.

Se piensa que el origen real de la universidad norteamericana moderna es la Universidad de Harvard, que en 1825 intentó reformar, sin mucho éxito, el Prof. George Ticknor siguiendo el modelo de la Universidad de Gottingen. Pero el gran cambio ocurrió en 1876, cuando se fundó la Universidad Johns Hopkins, con el rector Daniel Coit Gilman al frente, como la primera universidad de investigación, con una poderosa escuela de posgrado y con profesores de alto nivel académico.

Al empezar el siglo XX el modelo alemán, diseñado por von Humboldt, se había impuesto en la mayoría de las universidades importantes del mundo. Las universidades alemanas estaban en el pináculo de su grandeza y su prestigio, y sus profesores eran reconocidos internacionalmente. Desde que Von Humboldt luchó por incorporar nuevas disciplinas a la Universidad de Berlín, en ese momento la química, ha habido siempre un proceso de presiones por incluir carreras, generalmente desde los gremios, y de restringir su inclusión por parte de sectores de mayor tradición académica.

En todos los países florecían Instituciones de Educación Superior que incorporaban a todas las ciencias dentro de sus programas de estudio, competían por los mejores profesores y los alumnos más capaces, y se llevaban a cabo programas de investigación y de extensión de la cultura.

Este largo periodo fue un momento histórico en el que se presentó una paradoja para la educación superior, o se dedicaban solo a la docencia o incorporaban la investigación a los procesos de enseñanza. Aunque la investigación y la enseñanza debían ser consustanciales, se bifurcaron. Por ende, se mantuvieron instituciones dedicadas solamente a la transmisión de información, siguiendo el modelo de la Universidad de París, llegando al extremo de que muchas de las informaciones que los gremios de profesores consideraban relevantes, eran insustanciales para la formación profesional del estudiante, y otras en las que la investigación era la base para los procesos de enseñanza. Ello se ha mantenido hasta nuestro tiempo.

La educación universitaria contemporánea.

Aunque en la antigüedad algunos científicos famosos fueron profesores universitarios, como Galileo en Padua, Bernoulli en Basilea y Newton en Cambridge, la mayoría de los científicos importantes trabajaban de forma independiente, fuera de las universidades, como Copérnico, Kepler, Descartes y Tycho Brahe, entre otros, pero en los últimos tiempos, los investigadores y los docentes, forman gremios distintos.

El tamaño de las universidades creció sustancialmente y se volvieron organizaciones cada vez más complejas y heterogéneas. De pequeñas comunidades de profesores y alumnos que llevaban una vida casi familiar, pasaron a ser conjuntos de comunidades con intereses diversos y, en ocasiones, encontrados. Así vemos, que hay diversas comunidades: la comunidad de los alumnos de licenciatura; la de alumnos de posgrado; la comunidad de humanistas, la de científicos sociales y la de científicos de la naturaleza en sus diversas especializaciones como la biología, la química, la física, la geografía, etc.; las comunidades de las diversas escuelas profesionales como la administración, el comercio, las finanzas, etc., la comunidad del personal no académico o técnico que realiza labores de apoyo administrativo o de mantenimiento de la infraestructura; la comunidad de los administradores.

Son tantos y tan diversos los intereses de esas distintas comunidades, que se piensa que lo único que luego las une es el conflicto; quienes ostentan el poder administrativo son los que mejor se posicionan y marginan a los que no son cercanos a su núcleo de interés. Y aunque hay emblemas, himnos, pendones e incluso banderas, comúnmente no se ve una comunidad con una sola alma, o un sólo principio que la guíe, se han formado grupos de intereses, cotos de poder y, por ende, conflictos. No es la premisa del conocimiento, la investigación, la discusión racional, lo que priva en ellas, es una multiversidad que tiene muchas almas, individuales y colectivas, y cada una persigue sus propios fines. Estas multiversidades se considera que son más un mecanismo que un organismo, ya que mientras un mecanismo consiste de una serie de partes para los procesos que producen resultados en escala, en un organismo las partes y el todo están inextricablemente unidas. En la universidad moderna, las estructuras son tan complejas que pueden crearse o desaparecer programas de estudio o escuelas completas sin que se enteren o les interese a las otras instancias, mientras preserven y prevalezcan su posición y prebendas.

Inicialmente la función de la universidad se limitaba a la docencia y posteriormente se incorporó la investigación; con la naturaleza de los criterios político-administrativos se promueve la división del trabajo intelectual entre la investigación y la enseñanza. En muchas ocasiones se considera que descubrir y enseñar son funciones diferentes; son también capacidades distintas y no se encuentran frecuentemente juntos en la misma persona. Quien dedica el día a dispensar sus conocimientos a quienes acuden a él, por voluntad o condición, difícilmente busca el tiempo o la energía para adquirir nuevos conocimientos.

Por otro lado se cree que la búsqueda de la verdad o explicación del mundo está asociada con el retiro y el silencio. Que los grandes pensadores están muy concentrados en sus temas como para admitir interrupciones; que han sido hombres de mentes abstraídas y hábitos idiosincráticos, por lo que tratan de evitar la sala de conferencias y la escuela para tener una relación pública. Así la educación superior ha tomado caminos paralelos.

Ante esa dispersión, Jaspers, publicó un libro sobre la Idea de la Universidad, consideró que la Universidad moderna tiene cuatro funciones principales: investigación, enseñanza, educación profesional y la transmisión de una clase particular de cultura. Al hacer un recuento de las labores que se llevan a cabo en la universidad moderna, se señalan: el avance del conocimiento a través de la investigación; la extensión del conocimiento a través de la enseñanza a nivel de licenciatura y de posgrado; el entrenamiento que comprende tanto conocimientos como habilidades en las escuelas profesionales de la universidad; la preservación del conocimiento en bibliotecas, galerías y museos; y la difusión del conocimiento a través de publicaciones académicas.

Su *Idea de la Universidad* rechaza la concepción utilitaria y su distanciamiento de la racionalidad pura. Para comprender su idea de Universidad y las funciones definitorias que le asigna, expone su concepción del conocimiento; de cómo considera que la ciencia positiva y la filosofía nos hacen saber.

Expone que las ciencias reflexionan sobre realidades exteriores a nosotros, que son observables y universalmente comunicables. La veracidad de sus conclusiones es independiente de su aceptación por un sujeto en un momento determinado. Además, el saber científico nos lleva a

seguir un desarrollo metódico, mediante el que alcanzamos un conocimiento consistente.

Añade que la ciencia no es autosuficiente en el logro de sus objetivos. Siempre parte de hipótesis que, mientras no sean comprobadas, deben tenerse como tales; y el método científico nos obliga a mantener las conclusiones a las que podamos llegar, que son dependientes de la verificación de aquellas hipótesis. Las hipótesis de la investigación científica son con frecuencia intuiciones exteriores al ámbito de la propia ciencia. Además, la ciencia siempre utiliza herramientas previas a ella, por ejemplo las reglas lógicas, que deben ser aceptadas como punto de partida. El autor argumenta que el fin del saber científico se busca por sí mismo. La investigación científica no necesita buscar su justificación en producciones útiles, en la técnica, sino que es valiosa por sí misma. Sin embargo, nunca puede buscarse en la ciencia empírica el sentido completo de la existencia.

Para ello se requiere de la filosofía, aunque esta no goza del estatuto epistemológico de la ciencia, pues sus conclusiones no son empíricamente verificables, y no son universalmente comunicables. Aunque lleva al conocimiento al borde de sí mismo, pues responde al más profundo deseo de alcanzar la verdad, y compromete la propia existencia para vivir de acuerdo con la verdad descubierta. La verdad de la filosofía se mueve en un campo muy amplio, el de la parcialidad y la provisionalidad, en el campo de la certeza y la aceptación personales, en el espacio de la creencia.

Debido a que nuestra apetencia de conocimiento responde a la necesidad vital, se tiene que conjugar la multitud de realidades externas con la experiencia de unidad innata al hombre para que el mundo sea comprensible. Esta es una necesidad que da cuerpo a la idea de Universidad.

Así, la Universidad es una comunidad de sabios y estudiantes dedicados vitalmente a buscar y explicar la verdad del mundo que nos rodea. Por ello la Universidad tendría tres objetivos inseparables: investigación, educación y cultura.

La investigación supone un trabajo esforzado, siguiendo una metodología rigurosa, e impulsando una “conciencia intelectual” para continuar el empeño del descubrimiento, a pesar de las dificultades que se presenten, o a cambiarlo de orientación cuando no parezca conducir a los resultados deseados. Pero los principios que guían la investigación —ideas, intuiciones— surgen de la visión vital del científico. La investigación no se hace fecunda cuando se desarrolla —excepto para cuestiones muy particularizadas— en institutos especializados, de investigación privada con objetivos de riqueza económica, sino cuando se produce en relación con las otras ciencias. Este ambiente se encuentra solo en la Universidad.

Respecto a la educación, Jaspers considera diversos modelos: La instrucción escolástica, que quería transmitir un contenido objetivo de la tradición, como en la educación medieval o en el modelo racionalista; el pupilaje, basado en la confianza personal en un maestro y en la experiencia de éste; y la educación socrática que se basa en una dialéctica para la búsqueda de la verdad. Para la Universidad se consideraría deseable el modelo socrático: el maestro y el alumno se plantean conjuntamente el empeño vital por alcanzar la verdad; el maestro debe impulsar al alumno para que fomente su propio desarrollo, que no puede producirse por una mera acción exterior. El maestro ofrecerá aliento y estímulo, pero debe ser cada uno quien realice su propio camino intelectual.

Esta opinión de Jasper no es, desde luego, unánime, porque una de las características principales de la Universidad es la pluralidad de opiniones. La Universidad representa tantas cosas, a tanta gente diferente, que por condición está, como ya se enunció, parcialmente en guerra con ella misma.

Se ha visto anteriormente que la inclusión, y sobre todo el desarrollo intensivo de la investigación como parte de las funciones universitarias es un fenómeno relativamente reciente en la historia de esta institución, y una opción para preparar mejor a los profesionistas en el entendimiento de su mundo.

A diferencia de Jasper, Newman (Newman, 1976) veía a la investigación como una actividad desligada de la educación superior, tanto en la misión de la Universidad como en la voca-

ción del profesor universitario, pues los alumnos se quejan sobre profesores que no los atienden debidamente por sus compromisos de investigación.

En el contexto de los trabajos de Newman, la difusión y extensión del conocimiento se referían a la enseñanza, por ello la función de la universidad se debe limitar a la docencia. En la concepción de Newman sobre la Universidad, “el conocimiento conlleva su propio fin” (Knowledge Its Own End.). Para ello enumera los varios caminos hacia la excelencia mental, el primero de ellos es la búsqueda del conocimiento por su propio valor, por sí mismo. Este conocimiento no sólo es un medio para alcanzar algo que está después, o los antecedentes a la de ciertas artes en las cuales se resuelve en forma natural, sino que es un fin suficiente para basarse en él y para ser buscado por sí mismo. Por eso expresa que como persona educada:

- a) El estudiante debe ser capaz de pensar y escribir en forma clara y efectiva.
- b) Debe tener una apreciación crítica de las formas en que se obtiene el conocimiento y el entendimiento del universo, de la sociedad y de nosotros mismos.
- c) No debe ser ignorante de otras culturas y de otros tiempos.
- d) Debe entender y haber meditado sobre problemas morales y éticos.
- e) Debe conocer con profundidad algún campo del conocimiento, ya que su acumulación representa una manera efectiva de desarrollar las capacidades de razonamiento y análisis, porque se requieren considerar fenómenos, técnicas y construcciones analíticas cada vez más complejas (Newman, 1976).

Derek Bok ha señalado que si bien las propuestas anteriores tienen su validez, en contraste con el mundo en que vivía Newman, el de ahora implica el entrenamiento avanzado, el conocimiento especializado y el descubrimiento científico, que son esenciales para resolver muchos de los problemas más urgentes de la civilización como: enfermedades, medio ambiente, progreso económico, supervivencia del ser humano, y solo las universidades modernas que realizan investigación y docencia tienen las capacidades para contribuir a la solución de estos problemas. (Bok, 1990: 11)

En las distintas visiones sobre el objetivo de la Universidad, se menciona siempre el término “conocimiento”, ya sea su avance, su difusión, su extensión, etc. Pero tampoco hay unanimidad sobre lo que significa el término y cuáles son sus fines. Se señala que tiene como objetivo la formación integral del estudiante, a través de su participación y protagonismo en los procesos de aprendizaje, dirigidos a adquirir conocimientos, actitudes y valores que le permitan resolver problemas propios del área profesional, dentro de un marco de solidaridad social y respeto a las diferencias individuales, culturales y de género.

Pero esto solo se logra cuando hay una participación directa en los procesos de enseñanza-aprendizaje; por ejemplo, el que los alumnos puedan participar en los trabajos de investigación que realizan sus profesores, les da una formación académica que difícilmente pueden lograr de otra manera (Bok, 1990: 11)

Si se considera que la investigación es una base fundamental de la enseñanza ¿Por qué se pudo desarrollar la docencia sin el desarrollo simultáneo de la investigación, si la primera consiste en la difusión de los conocimientos obtenidos en la segunda? La respuesta radica en que los conocimientos que surgen de la investigación deben ciertamente ser incorporados a los planes de estudio, y éstos han crecido exponencialmente en los últimos años, pero no es necesario que dichos conocimientos sean obtenidos en la misma institución de educación superior que los difunde a través de la enseñanza. De hecho, no es necesario que se obtengan en una institución de educación superior, pueden haberse obtenido en un instituto privado de investigación, como sucede muchas veces. En general, el conocimiento en el contexto del descubrimiento y el conocimiento en el contexto de la transmisión son tareas totalmente diferentes, aunque a veces puedan ser cercanas entre sí (Barnett, 1990: 124, 128).

En los años recientes se ha multiplicado el número de universidades en distintas ciudades.

En general, todas aspiran a altos estándares de calidad y contribuir a la disseminación de intelectuales y gente culta en todas partes, pero ¿acaso se logra?

La investigación-docencia en la educación superior.

Actualmente se denomina universidad al establecimiento o conjunto de unidades educacionales dedicadas a la enseñanza superior y, en algunos casos, a la investigación, donde se otorgan grados académicos y títulos profesionales. De cualquier manera, es un hecho que en la actualidad la calidad de una universidad está determinada en buena medida por la calidad de la investigación que en ella se lleva a cabo. Esto se debe a que el prestigio de una universidad está determinado por el de sus profesores, y los profesores de prestigio prefieren trabajar, justificadamente, en universidades que les brinden facilidades amplias para realizar sus trabajos de investigación. Esta es una interpretación del principio de que las universidades realicen docencia e investigación pero es difícil sostener que todos los profesores de una universidad lleven a cabo las dos funciones.

Institucionalmente deben hacerse ambas, pero no es posible que también se hagan personalmente pues luego se pueden violentar las vocaciones, las experiencias y las capacidades. Esto es especialmente válido en un medio en que el crecimiento explosivo del sistema educativo ha obligado a incorporar como académicos de tiempo completo a personas que solo transmiten información de conformidad con los programas de estudio, pero sin experiencia en investigación.

Se ha insistido en muchas ocasiones que la Universidad desempeña un papel muy importante en la sociedad como conciencia crítica de la misma. Su autonomía y la libertad académica le permiten desempeñar este papel, más ahora que las democracias se han consolidado en la mayoría de los países del mundo. Sin embargo, sobre el ejercicio de la función crítica en la universidad han predominado las expresiones políticas e ideológicas que le quitan su pulcritud al trabajo universitario. Desde luego que la crítica de la Universidad será tomada en cuenta en la medida en que se fundamente en un trabajo académico serio y comprometido.

Entendida la Universidad como generadora del saber, se le atribuyó el carácter de “Alma Mater” en el sentido de engendrar y transformar al hombre por obra de la ciencia y el saber. Con el establecimiento o conjunto de unidades educacionales dedicadas a la enseñanza superior y la investigación, la universidad otorga grados académicos y títulos profesionales, pero su posesión no garantiza la condición de universitario.

La falta de criterios contundentes para decidir qué se debe enseñar en las universidades es un problema que ha preocupado a filósofos y a administradores de la educación. Si se fusionan, reformulan e incorporan, diversas disciplinas académicas, depende en muchas ocasiones del peso político de los gremios que impulsan las transformaciones. El criterio que suele esgrimirse en los medios académicos para decidir qué se puede incorporar en las universidades es el del conocimiento verdadero y objetivo; pero los conceptos de verdad y objetividad también son debatibles especialmente a la luz de avances en la epistemología.

Pero también hay razones de peso para que en la Universidad se combinen la docencia y la investigación. La Universidad es el lugar en que se enseña el conocimiento universal. Esto implica que su objeto es, por una parte, intelectual que guía los sentidos hacia el descubrimiento; y por la otra, que es la difusión y extensión del conocimiento que, en algunas, se pondera más que el avance del conocimiento. Si el objeto de la Universidad fuese exclusivamente el descubrimiento científico y filosófico, no hay por qué una universidad deba tener estudiantes; si fuese el entrenamiento profesional no podría ser la casa de la literatura y de la ciencia. Por ello el fin de la universidad es constituirse en una parte fundamental de la educación.

El concepto de educación es comúnmente escuchado en las sociedades de nuestro tiempo; ha adquirido carta de naturalización en todas las sociedades y se cultiva en todos los niveles socioeconómicos debido a que se considera que penetra dentro de los diversos ámbitos del quehacer humano.

Entre los criterios que se esgrimen para impulsar el valor de la educación está el que se le considera como una base para el progreso social, y si bien ella ha sido el sustento para el crecimiento económico en algunas sociedades, en otras no se han obtenido resultados similares, no obstante que se le considera una actividad relevante y por ello se han canalizado importantes recursos económicos para tratar de impulsarla. Es por eso que la educación, al ser considerada como un pilar en las relaciones sociales contemporáneas, algunas organizaciones internacionales consideran que se le debe destinar el ocho por ciento del PIB.

Sin embargo al concepto de educación se le dan diversos sentidos, tantos como cada grupo social e individuo le imprima a su contenido al utilizarlo. Pero ¿qué se entiende comúnmente por educación?. Por principio, para la conciencia colectiva, educación es asistir a la “escuela”, esa edificación que, se piensa, debe ser el centro de confluencia para que gran parte de la sociedad, en su mayoría niños y jóvenes, sobre todo en los países con alto crecimiento poblacional, acudan para abreviar de la sabiduría que emana de los maestros; y así los alumnos adquieran una educación. En esa idea de educación, el enviar a los niños y a los jóvenes a la escuela para que aprendan los contenidos curriculares, de acuerdo con los criterios vigentes, que les transmitan quienes han sido designados como sus profesores, se realiza el acto educativo, en él, el estudiante debe demostrar que puede reproducir la información y, en su caso, habilidades transmitidas por sus profesores en los distintos niveles y ciclos académicos, por lo cual se le da un reconocimiento de acuerdo con las normas y protocolos que se establezcan para ello en cada uno de los grupos sociales y, como resultado de ese proceso, se considera que ha sido educado.

Aunque luego se confunden los enunciados de instrucción y educación. La instrucción hace referencia a los conocimientos que se pueden adquirir por cualquier medio y sobre cualquier tipo de materias. Una persona se puede instruir, por ejemplo, mediante la información que le dé un maestro, por la lectura o mediante las conversaciones, las que nos instruyen aunque puedan o no educarnos. Por el contrario, la educación se sirve de preceptos, ejercicios y ejemplos con los que se motive el desarrollo de las facultades intelectuales, culturales, físicas y morales de las personas.

Es evidente que en las escuelas se puede proporcionar educación, pero lo que regularmente predomina es la instrucción como imposición de información, ideas y formas de comportamiento. La instrucción, supone una acumulación de conocimientos basados en datos referenciales que en muchas ocasiones son ajenos a los objetos de conocimiento; se orienta prioritariamente al estudio de contenidos que el alumno debe aprender para luego reproducir y demostrarlo, por medio de un examen. Así se valida lo que se dice que el estudiante debe saber, aunque sea memorísticamente, para que sus conocimientos sean acreditados. Las políticas institucionales están orientadas por evaluaciones estandarizadas, cuyo único fin es aprender para ser examinado. Y ello se hace en plazos y niveles, desde el básico hasta el superior. Quien no los cubra de conformidad con los criterios institucionales, de las organizaciones administrativas y los docentes, quedarán fuera del sistema.

Por el contrario, a diferencia de la instrucción, la educación requiere de plazos más largos en los que la reflexión, independientemente de su sentido, es la premisa esencial. Por lo que es difícil de precisar los momentos y las formas en que se presenta, pues la educación cuando se asume, abarca e impacta toda la personalidad del individuo.

Ante la instrucción, la educación tiene que superar los modelos que suponen tener un tiempo asignado para el aprendizaje de cada materia, los plazos que marcan las planificaciones para la transmisión de datos y la cantidad y heterogeneidad de alumnos y alumnas que se dan en las escuelas y centros denominados como educativos. El objetivo debe ser el desarrollo de todas las capacidades humanas teniendo en cuenta la individualidad de la que somos portadores cada uno de nosotros. Haciéndonos dueños de nuestras ideas y conductas y por lo tanto de nuestra vida. Así la educación puede ser un proceso evolutivo y constante que va modificando la conducta del individuo a través de conocimientos y experiencias que

se adquieren de diversas formas y medios, lo que nos indica que la educación puede ser formal e informal, consciente e inconsciente.

La docencia: ¿opción para la educación?

La educación es un proceso fundado en la persona humana y en los valores de la participación social que se transforma con la evolución de las perspectivas intelectuales que de manera cognoscitiva y cultural expresan su libertad y dignidad y, de conformidad con las particularidades de los distintos grupos sociales, propugnan por: el respeto, la solidaridad, la comprensión, la tolerancia, la responsabilidad, la búsqueda de la verdad, la apertura al otro y la equidad. La educación requiere de conciencia personal y responsabilidad social; binomio difícil de conciliar.

Para la educación se necesita la disposición de los maestros para crear un clima que proporcione el autoconocimiento, la confianza en los recursos personales, la responsabilidad para desarrollar esos recursos y el seguimiento de la persona que está en proceso de aprendizaje para que demuestre sus avances. Obviamente esta labor es más ardua y menos probable que la instrucción, donde el profesorado solo está centrado en los contenidos de las lecciones. Si bien la responsabilidad de la educación es intransferible, depende especialmente de cada uno, siempre se requiere de una guía, lo que implica una responsabilidad compartida entre el educador y el educando.

Pero reafirmamos el enunciado de que eso es lo que se piensa, puesto que en alguna medida, la asistencia masiva a las aulas implica la yuxtaposición de diversos criterios y personalidades, para quienes no todo lo que dice un docente es sabio o interesante, ni tampoco todos los alumnos llegan a comprender lo que se les dice en clase, aunque sea trivial, pues dan poca importancia a la información que se les transmite. Esa es una de las causas de la deserción escolar.

El interés que tiene el estudiante por el aprendizaje en la escuela, en muchas ocasiones no lo considera como relevante, pues las afirmaciones que hacen los docentes provienen generalmente de una referencia que obtienen de algún escrito de las respectivas áreas del conocimiento que están enseñando como la física, la química, la biología, la historia, etcétera, pero ni remotamente esa idea corresponde a una explicación de la realidad cercana a ellos y a sus alumnos, puesto que mucho de lo que afirman solo lo han obtenido de informaciones bibliográficas y por ende la extraen de ese contexto; no obstante, esa información la divulgan como si fuera parte de la percepción y entendimiento de la realidad, y exigen que los estudiantes la entiendan y reproduzcan de la misma manera. Así la actividad académica se hace incomprensible pues los contenidos se vuelven ajenos para el entendimiento de los alumnos ya que son conceptos ajenos a su realidad.

Por ende, en su sentido más amplio, se considera que la educación está orientada, primordialmente al proceso mediante el cual las gentes que tienen una mayor información de ciertas áreas del conocimiento, pueden inculcar su saber a los otros que llegan a esos espacios de enseñanza, en las instituciones establecidas para este fin, ya que son a las únicas que se les reconoce la validez de los aprendizajes ahí adquiridos.

Por su parte los alumnos asisten a las instituciones escolarizadas en muchas ocasiones sin la convicción de que quieren adquirir un conocimiento de la realidad, simplemente se conforman con asumir un bagaje conceptual mediante el cual pretenden demostrar que han adquirido y asumido los códigos comunicativos esenciales, como son las formas de expresión lingüística y la codificación matemática. Pero además se pretende que entienden algo del mundo basados en las referencias biológicas, geográficas, históricas, físicas, químicas, cívicas, etc., que se les imparten. Los estudiantes no pretenden el conocimiento de la realidad, y comúnmente ni siquiera se tiene conciencia de ello, puesto que con solo reproducir

literal o casi literalmente lo que dice el profesor, se establece que han adquirido un saber, aunque éste se base únicamente en la reproducción, muchas veces vacuas, de conceptos.

Otro de los criterios para entender el concepto de educación hace referencia a las personas que realizan las actividades que se les indican y no contravienen las órdenes; socialmente se considera que esas personas tienen educación. Así el concepto adquiere también la connotación de obediencia e incluso de sumisión, pues se dice que una persona educada es una persona sumisa.

También hay quienes entienden por educación el obtener las constancias que se otorgan en la conclusión de cada uno de los diversos niveles académicos, desde la enseñanza básica hasta la superior, que incluye los posgrados; mientras más constancias se tengan, se piensa que hay más educación. Aunque en estos casos, parece que uno de los defectos de la educación superior moderna es que se ha orientado demasiado al aprendizaje de ciertas especialidades, y demasiado poco a un ensanchamiento de la mente que permita realizar un examen imparcial del mundo.

Cierto que esas diversas acepciones de educación hay quienes las conciben en forma aislada, pero también suelen considerarse como partes del mismo proceso. Así, podemos encontrar diversos sentidos en la comprensión de lo que se entiende por educación.

Como sabemos, etimológicamente hablando, el vocablo educación proviene del latín, y nos indica que esta es la “conducción” o “guía” para que los educandos adquieran la información básica que les permitirá integrarse a la sociedad, por ello se dice que la educación, es la acción de desarrollar las facultades físicas, intelectuales y morales de los seres humanos en toda actividad y es el complemento de la instrucción, entendiendo esta última como la transmisión o enseñanza de informaciones basadas en datos que pueden ser o no relevantes para el individuo.

De conformidad con el contenido de esos conceptos, vemos que los estudiantes son más propensos a recibir instrucción que educación. Esto lo resalta uno de los más tenaces críticos de esta forma de aprendizaje quien la calificó como la concepción ‘bancaria’ de la educación, de la que decía que: “las relaciones educador-educando en la escuela actual, en cualquiera de sus niveles (o fuera de ella)... presentan un carácter especial y determinante: el de ser naturaleza fundamentalmente narrativa, discursiva, disertadora. Narración de contenidos que, por ello mismo, tienden a petrificarse o a transformarse en algo inerte, sean estos valores o dimensiones de la realidad. Narración o disertación que implican un sujeto (el que narra) y objetos pasivos, oyentes (los educandos).

Existe una especie de enfermedad de la narración. La tónica de la educación es preponderantemente esta, narrar, siempre narrar.”(Freire, 1983) .

A esa relación hay que incluir el que el educando aspira a lograr la obtención de una buena calificación por su habilidad narrativa y cuando esta no se logra busca los medios necesarios para, por sí mismo o por la iniciativa o respaldo de sus tutores, luchar para obtenerla mediante la sutil coerción que conlleva el “regalito” o la brutal amenaza de daño a la integridad física al maestro (autoridad evaluativa), así como el uso de influencias internas o externas a los centros escolares para solventar las ineficiencias.

Por ello, la denominada “educación”, mas que “guiar o conducir” hacia la racionalidad para que los individuos entiendan y transformen ecológicamente el mundo que les rodea, implica más una “instrucción”, es decir, la ejecución de las actividades que dictan los maestros; ello deriva en pasividad, sometimiento y en muchas ocasiones enfrentamiento, pues no existen criterios que impliquen una racionalidad social y que permitan establecer consensos para una educación, como ahora se dice, significativa.

En esa inercia la educación pierde su valor y se sume en una insuficiencia e ineficiencia, pues asume únicamente una posición en la que su única función es reproducir datos, además de los códigos comunicativos básicos como el escribir, el leer y limitadamente, el hacer operaciones matemáticas y calcular. Bertrand Russell decía que

“Si el objeto fuera hacer que pensasen los alumnos, en lugar de hacerles aceptar determinadas conclusiones, la educación se realizaría de un modo muy diferente: habría menos rapidez de instrucción, y más discusión, más ocasiones de estimular a los alumnos a que expresasen su opinión, más tentativas de hacer que la educación se ocupase de temas que interesasen a los alumnos...La educación, considerada como el proceso de formar nuestros hábitos mentales y nuestro concepto del mundo, debe juzgarse como un éxito, de acuerdo con lo que sus resultados se aproximen a este ideal; es decir, en proporción al modo en que da una visión real de nuestro lugar en la sociedad, de la relación de la sociedad humana con su medio no humano y de la naturaleza del mundo no humano, tal como es, aparte de nuestros deseos e intereses...La educación debería tener dos objetos: primero, proporcionar conocimientos definidos —leer, escribir, matemáticas, etc.— y, segundo, crear los hábitos mentales que permitan a la gente adquirir conocimientos y formar juicios sanos por sí solos” (Russell, 1963: 73-74).

Este deseo de darle a la educación el papel de promover la formación de gentes racionales que aprendan la convivencia conjunta y con la naturaleza no viene en forma automática, por ello expone que: “La consideración hacia los demás no surge espontáneamente en la mayoría de los niños, sino que tiene que ser enseñada, y esto rara vez puede hacerse si no se ejerce la autoridad” (Russell, 1963: 74).

Pero la autoridad tiene un sustento primordialmente moral, pues de lo contrario esto implica un riesgo, el mismo autor señala que “El amor al poder es el principal peligro del educador...el educador digno de confianza tiene que interesarse por sus alumnos como tales” (Russell, 1963: 75).

Esto es un gran reto para el docente, el cual es descrito por Russell de la siguiente manera: “El problema del educador que no se conforma con la obediencia y la disciplina como fuentes de cohesión social, es difícil, pero no insoluble. Tiene que conservar la individualidad, sin ocasionar anarquía. Esto significa que lo que es necesario en el camino de la cooperación social no tiene que ser muy difícil, ni supone una severa represión del impulso. Esto, a su vez, significa que el niño debe, desde el comienzo, ser manejado de modo que sólo tenga impulsos ligeros hacia la cólera, la crueldad y la destrucción; que, si no existen pruebas en contrario, espere que sus compañeros sean buenos con él; y que halle que su medio es una ayuda, en lugar de un obstáculo, mientras sus actividades no causen daño a los demás” (Russell, 1963: 74).

Así entendida la educación es un ejercicio continuo, constante de conducción, de guía, para que el niño y el joven encuentren formas de convivencia y conciencia social. Pero ello no es plenamente evidente pues, como ya se dijo, para la sociedad en general, persiste la idea de que la educación es la base para el progreso económico y nada más. Así, mientras más tiempo un educando este en la escuela, es mayor su “educación”, y mientras sea mayor su educación es mayor la posibilidad de integrarse en condiciones preferenciales a la sociedad económicamente activa, en una posición de poder, de decisión, lo que implica que quien tiene mayor cantidad de estudios acumulados, aunque haga el menor esfuerzo físico e intelectual posible y, en muchas ocasiones, su aportación a la riqueza social es restringida; no obstante, se tiene un mayor prestigio social. ¡Oh, EDUCACIÓN cuantas barbaridades se hacen en tu nombre!

Esos criterios han creado diversos vicios en el llamado sistema educativo, como el ejercicio de poder para seguir manteniendo una estructura de dominio basada en la instrucción,

como forma de imposición de conocimientos basados primordialmente en conceptos que, como ya se dijo, pueden ser ajenos al interés del estudiante. Esta situación ha sido motivo para que se busque promover una estrategia con el fin de que el proceso de educación, tanto formal como terminal, sea más eficiente y conlleve a la abolición de la “instrucción” y a un real progreso de la racionalidad humana.

La educación en una nueva encrucijada de su historia.

La tarea que algunas personas han emprendido, es la búsqueda de una educación que sea liberal para darle un sentido al valor de las cosas, con el fin de apartar la dominación y ayudar a crear ciudadanos prudentes de una comunidad libre, y mediante la combinación de ciudadanía y libertad en la creación individual; esto puede facilitar que los hombres den a la vida humana ese esplendor que solo unos pocos han demostrado que se puede conseguir, pues otros han sido restringidos por los criterios unilaterales que se imponen en las estructuras institucionales.

En la búsqueda de darle sentido a la expresión de educación, de opciones educativas para encontrar alternativas a esa constante insatisfacción de no ver consolidados los esfuerzos por educar a los estudiantes que generación tras generación pasan por los salones en los que se imparten cursos durante muchos años se ha llegado a un nuevo momento paradójico en la historia social de la educación superior. En esa búsqueda, está el entendimiento de la falta de una acción coordinada para que los estudiantes encuentren la relevancia de su educación, para su presente y su futuro. No obstante que hay la idea que todos tienen grandes potencialidades para el estudio, siempre se encuentran problemas como la desnutrición de muchos y la proclividad al relajo y la distracción ante el estudio de otros tantos, pero siempre hay un elemento subyacente que provoca esta situación.

La aspiración a una educación de calidad parte de conceptos teóricos que se fundamentan en esas premisas de la calidad estructuradas dentro de las actividades administrativas para los procesos laborales, que en muchas ocasiones no son consecuentes con los fines de la educación. Por ello se requiere de construcciones imaginativas para resaltar los anhelos del docente que este insatisfecho con su trabajo, la labor de educar; y se asuma que se deben buscar opciones para realizar esa actividad con una mayor orientación hacia el trabajo colectivo.

Y aunque una de esas opciones se encontró en el concepto proveniente de la teoría administrativa, aplicada a los procesos productivos, el de calidad, este es inoperante si el maestro no entiende ese proceso como una forma de organización social en la que todos los integrantes de una institución educativa deben encontrar los principios coincidentes para lograr objetivos comunes, que en éste caso sería coincidir en un programa de educación de calidad. Y no obstante que la batuta en el proceso de formación de un modelo de calidad total lo debe llevar la dirección, como guía en la administración laboral, ello implica a todas las áreas del proceso deben trabajar por un mismo fin con su relativa autonomía.

Si bien en diversas instituciones se ha promovido desde las diversas posiciones, ya sea como profesor, como subdirector y como director, el establecimiento de un modelo de calidad educativa, en todos los momentos se han encontrado limitaciones surgidas de la instancia superior que rige los alcances de las labores en las dependencias para que se logre una educación superior de calidad.

¿Que nos indica esto?, que estamos ante una nueva paradoja en la historia en la que debe de reconsiderarse la finalidad de la educación superior. Ahora hay muchas instituciones que otorgan grados o títulos, y todas ellas ostentan que sus procesos son de calidad. Pero en realidad seguimos viendo la multiversidad en la que hay buenos

alumnos y buenos profesores, pero eso no es una característica general de las instituciones.

El presente escrito contiene esa mezcla de aspiraciones, esperanzas, logros y frustraciones por intentar establecer la posibilidad de un modelo educativo de calidad, en donde la educación sea parte del compromiso de todos los involucrados en la constitución de ese proceso. Por ello es necesario que se recupere la idea de que la educación superior es una vinculación dialéctica de investigación-docencia. Si no se recupera esa premisa en nuestro tiempo, se seguirá imponiendo la encrucijada de la historia en la que no se logra dar un sentido socialmente relevante a la educación superior.

Bibliografía

- BARNETT, Ronald,
1990 *The Idea of Higher Education. The Society for Research into Higher Education.* Buckingham: Open University Press.
- BOK, Derek
1990 *Universities and the Future of America.* Durham & Londres: Duke University Press.
- FREIRE, Paulo.
1983 *Pedagogia del oprimido.* México: Siglo XXI.
- JASPERS, Karl.
1959 *The idea of the university.* Beacon Press.
- MARX, Carlos.
1969 *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte.* Obras escogidas. Moscú: Ed Progreso.
- NEWMAN, John Henry,
1976 *The Idea of a University.* Defined and Illustrated: I In Nine Discourses Delivered to the Catholics of Dublin (1852); II. In Occasional Lectures and Essays Addressed to the Members of the Catholic University (1858), Edited with Introduction and Notes by I. T. Ker, Clarendon, Oxford,
- RUSSELL, Bertrand.
1963 *Diccionario del hombre contemporáneo.* Buenos Aires: Santiago Rueda.

